

ALDO GIACCHETTI PASTOR, *La persona como ser en relación  
en el pensamiento de Julián Marías*

---

Universidad Gabriela Mistral de Santiago de Chile y  
Universidad Católica San Pablo de Arequipa, Perú 2016, pp. 312  
ISBN: 978-9972-825-95-8

La presente obra ha sido realizada por Aldo Giacchetti Pastor, doctor en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica Argentina, director del Centro de Estudios para la Persona y la Cultura de la Universidad Católica San Pablo en Arequipa y rector de la Universidad Gabriela Mistral en Santiago de Chile. Actualmente es director del Instituto Persona y Cultura de la Universidad Gabriela Mistral.

Consta de tres partes, en las cuales quiere introducirnos al concepto de la relacionalidad de la persona. En una primera sección, asistimos a la circunstancia española y a las influencias recibidas por Julián Marías, especialmente las de su maestro José Ortega y Gasset. Estas páginas iniciales nos hablan de los años fascinantes de estudio en el Instituto Cardenal Cisneros y la Universidad Central de Madrid, de la formulación de lo que el filósofo vallisoletano llamó “Escuela de Madrid” y de la nueva posibilidad para la lengua española a partir de entonces: la de ser una lengua de estricto pensamiento. Y la de afrontar, desde ella, los problemas del hombre contemporáneo. En este sentido, el autor nos recuerda el imperativo vital de Ortega, en su decisiva obra *El tema de nuestro tiempo*: “El tema de nuestro tiempo consiste en someter la razón a la vitalidad”. Especial atención se presta también, como no podía ser menos, a la influencia unamuniana en el pensamiento de Marías. Su preocupación por la vida perdurable, sus preguntas por el ser personal, su atención a la realidad honda de la vida –que tienen un eco spinoziano de la idea de la perduración del ser–, en el fondo, van a encontrar un lugar en la obra maríasiana, eso sí, considerados desde el método orteguiano. Unamuno deja de preguntarse la cuestión abstracta de “¿Qué es el hombre?” para preguntarse la cuestión más concreta de “¿Quién soy yo?”. Es más, Unamuno tiene una profunda reflexión sobre lo que significa ser persona: ser o querer ser inmortal y perdurable. También se encuentran en él referencias a lo que serían las experiencias fundamentales de autoconocimiento de la persona; estas se llamarán, en el pensamiento de Marías, “experiencias radicales”.

No menos importante, como influencia filosófica, fue su profesor de Historia de la Filosofía, el teólogo y filósofo Xavier Zubiri, quien hizo una profundísima interpretación de Parménides (lo cual se refleja en la obra homónima de Marías) y una interpretación intelectual del cristianismo que ha puesto de manifiesto la inmensa sublimidad de este. Asimismo, el concepto de religación zubiriano encontrará un eco también en la obra de su alumno y discípulo, lo cual se puede comprobar en obras tan fundamentadas como *La perspectiva cristiana*.

Por lo que se refiere a Ortega, la influencia filosófica más decisiva en la obra maríasiana, el autor va desarrollando el núcleo de los conceptos más relevantes, sobre todo de cara al tema de la interpersonalidad: razón vital, ideas y creencias, soledad y convivencia. Hace notar que la conocida fórmula orteguiana: “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo” ya contiene una referencia a la interpersonalidad. Muy interesante también es la relación que establece el autor con la teoría orteguiana del ensimismamiento y la alteración, que en Marías aparecerán con un nuevo matiz, al referirse a la persona, un “dentro pero abierto”.

En la segunda parte se analizan las aportaciones de Julián Marías a la comprensión de la persona humana como ‘ser en relación’, comenzando con las condiciones estructurales de la relacionalidad, desde el punto de vista metafísico (circunstancialidad y menesterosidad) y desde el punto de vista antropológico (la instalación vectorial). Desde el punto de vista metafísico, ambos rasgos están unidos, pues precisamente el ser circunstancial del hombre es lo que le hace *vivir necesitando*, tanto a las personas como a las cosas. En este sentido, Marías siempre mantuvo enormes distancias con el ideal de autosuficiencia y autarquía del mundo griego, pues contradice lo que es la experiencia humana real. No son más perfectas las realidades autosuficientes, sino que la perfección humana habría que plantearla desde las condiciones efectivas. Desde el punto de vista antropológico, son importantes, a juicio del autor, la instalación vectorial y la relacionalidad de la persona. La instalación es ese gran concepto metafísico en español que proviene del verbo *estar* y que permite expresar la dinamicidad de la realidad personal, el hecho de que la persona puede estar en sí misma y a la vez en el mundo, puede instalarse en una lengua, en una condición sexuada, en una raza. De hecho, el concepto de *instalación* es lo que simboliza en su conjunto la vida humana, una realidad proyectiva y futuriza en todo.

A partir de aquí, se pueden analizar las cuatro relaciones fundamentales en el pensamiento de Marías, que serían, a juicio del autor, la relacionalidad con los demás, la relacionalidad consigo mismo, la rela-

cionalidad con Dios y la relacionalidad con lo no personal. En este sentido, cabe la reflexión antropológica sobre cuestiones como la amistad, el amor, la paternidad o la filiación.

También desde los planteamientos de Marías cabe comprender desde su raíz la realidad de la despersonalización, es decir, la posibilidad de tratar a las personas por debajo de su condición personal. Puede esto suceder, como señala en *Breve tratado de la ilusión*, por la excesiva abundancia de cosas, de tal manera que se vaya creando paulatinamente en la persona una mentalidad de manejo, posesión o manipulación, propia quizá de los objetos –por ejemplo, tecnológicos– pero en modo alguno de las personas. Es decir, que la despersonalización puede producirse por cosificación, pero también por “socialización”, en el sentido de dar una importancia desmedida a la figuración social, a la fama, al éxito, etc. Por supuesto que lo social tiene una función importante en la vida de la persona, pero lo que Marías quiere decir es que sería funesto para la personalización dejar que lo social invada las capas específicamente personales y privadas de la vida humana.

Pero los procesos de despersonalización más comunes son los que suceden por desilusión, por enajenación o por la entrega a la maldad; en algunos de estos casos lo que ocurre es una cerrazón de la capacidad relacional de las personas. Desde el punto de vista moral, Marías piensa que esta tendencia es una “inautenticidad”: pues desde la metafísica de la vida humana, la forma máxima de moral es la autenticidad del hombre consigo mismo, y esa cerrazón introduce un elemento de inautenticidad. Cierra a la persona a toda una serie de experiencias, que están ligadas a la vulnerabilidad: la estimación y el apego –entendido este término en sentido positivo, como ‘aprecio’– a cosas y personas, la posibilidad de sentir el dolor de la ausencia, el afán por realizar posibilidades cuya exclusión o fracaso o pérdida hiera. Por eso, eliminar todo esto significa también eliminar la intensidad de la vida, la sensibilidad, el entusiasmo, la admiración ante lo grandioso, la generosidad, la capacidad de dar y darse. Con su enorme perspicacia intelectual, Marías es consciente de que la vulnerabilidad también podría herir de tal modo a la persona que sea ella misma causa de despersonalización; es necesario que la vulnerabilidad haga posible que la persona continúe sus proyectos personales aun habiendo recibido y aceptado esas heridas. Es decir, que la vulnerabilidad vaya a la par con la fortaleza.

De enorme interés es asimismo la reflexión de Marías sobre cómo la creencia o increencia en la perduración de la persona tras la muerte influye muy directamente en el comportamiento hacia las personas

vivas: en el caso de la creencia, sube el nivel de exigencia de personalización, pues lógicamente vemos a los demás como “alguien para siempre”, mientras que en el caso de la increencia, vemos al sujeto de alguien que será solo pasto para la aniquilación, es decir, en cierto modo, no alguien, sino algo. Quizá la mejor expresión filosófica de esta cosificación del otro es la postura que Sartre expresa en su obra *A puerta cerrada*, cuando expresa que “el infierno son los otros”. Giacchetti establece un paralelismo en este punto entre Marías y su gran amigo Laín Entralgo, también discípulo de Ortega y Zubiri, quien en su obra *Teoría y realidad del otro* explica aspectos notables sobre el encuentro propiamente personal, por ejemplo, el encuentro ejemplar (que está simbolizado con la parábola del Buen Samaritano), los supuestos del encuentro, la descripción del encuentro o las formas de este, desde los modos más deficientes hasta las formas más saturadas y logradas. Laín prefiere separarse de la comprensión de la persona como una sustancia e interpretarla más bien como *sustantividad*, siguiendo a Xavier Zubiri. El otro, piensa Laín, es “surgente”, la relación interpersonal es creadora, proyectada al futuro, no del todo accesible, innumerable. El otro es siempre “tú”. Se puede tratar al otro como un prójimo.

Interesante es el rasgo que señala Marías sobre la imposibilidad de la autoposición completa: al ser realidades que nos estamos haciendo, no podemos llegar a poseernos a nosotros mismos nunca. Hay una especial reflexión de Marías ligada al concepto de ensimismamiento: siguiendo su crítica a la ataraxia clásica, que es ausencia de necesidad y también, en el fondo, indiferencia respecto de todo, Marías contrapone el sosiego español, fundamentado en el ensimismamiento, que es una actitud de autenticidad conquistada desde la alteración o enajenamiento. Es decir, que si desde la ataraxia la realidad, definitivamente, no importa, desde el sosiego se produce una intensa conexión con ella, pero desde la autenticidad.

Respecto a la relacionalidad consigo misma, la persona tiene la enorme posibilidad (que se le escapa al animal) de estar consigo misma, pues es un “dentro”, un “ámbito”, tiene vida interior, que está llena de recuerdos, evocaciones, expectativas, deseos, nostalgias, sentimientos de toda índole. De manera que el hombre vive, además de con los demás, consigo mismo. En este sentido utiliza Marías la expresión “ensimismamiento”. Este proceso de ensimismamiento es, además, clave, para que la persona tome posesión de sí misma, vaya pasando por un proceso de personalización.

El autor encuentra un paralelismo con el concepto de *Eigengehörigkeit* de Guardini: la persona tiene una dimensión dinámica y una estática. Ser persona significa que me autopertenezco en conciencia, libertad y acción. Significa que nadie puede entrar a la interioridad, si no se le permite. Ser persona consiste en una íntima soledad, a la que solo Dios tiene acceso. De manera que, al alejarse el hombre de Dios, también estaría despersonalizándose.

Respecto a la relacionalidad con Dios, Marías se apoya sobre todo en el concepto de religación de X. Zubiri. También tiene una enorme influencia del pensamiento de Gratre, quien en su obra *La connaissance de Dieu* explica que el hombre tiene un sentido divino o raíz del alma, que afecta al fondo de la persona. Sentido, en Gratre, hace alusión al sentido de la trascendencia, que es aún más profundo que la inteligencia y la voluntad y tiene una triple vertiente: hace a la persona capaz de captar la realidad externa, la realidad interna y a Dios.

Este planteamiento hace que se pueda comprender al hombre como lo que efectivamente es: una criatura con un yo libre y personal, vinculado a un cuerpo y con él a un mundo exterior, y radicado en Dios. Esta radicación en Dios es lo que permite al hombre sentirse bajo la mirada de Dios y en sus manos.

De este modo, se afronta en la tercera parte la posibilidad de una nueva metafísica sobre la realidad personal y el modo en el que Julián Marías se ha ido acercando a ello, comenzando por la *Introducción a la filosofía* y siguiendo por la *Idea de la metafísica y Persona*. Marías se ha separado de la *interpretación del ser*, que ha estado tan presente en la filosofía griega, y se ha ido acercando cada vez más a una *interpretación del haber*; es a partir de aquí cuando ha ido perfilando progresivamente la cuestión de la realidad personal, y de su forma particular de existencia, que es inacabada, futuriza y dinámica. Se analiza, en este apartado, el patente distanciamiento de la metafísica realizada por Ortega y por Marías respecto a la fenomenología husserliana y la cuestión de la intencionalidad de la conciencia, aunque según diversas opiniones, incluida la del autor, cabría subsumir la filosofía orteguiana bajo la fenomenología; es, sin embargo, una tesis problemática, dado que tanto Ortega como Marías quisieron hacer una metafísica ateniéndose a las espléndidas posibilidades de la lengua española, que son evidentemente muy otras a las posibilidades filosóficas de la lengua alemana. En ese sentido, se podría decir que ambos filósofos españoles conocieron muy a fondo esta nueva corriente filosófica y, sin embargo, para hacer una

metafísica de la vida y una metafísica de la persona, no les era suficiente y tuvieron, por necesidad, que ir más allá de la fenomenología.

En la última parte de su obra, Giacchetti sitúa a Marías en diálogo con otros filósofos del siglo XX, entre ellos Étienne Gilson, Gabriel Marcel y Karol Wojtyła. Respecto a este último, por ejemplo, se había destacado a lo largo de la obra cómo la reflexión sobre la interioridad de la persona de Marías confluye con la idea de la autodeterminación, esto es, la capacidad que tiene toda persona de decidir y esto no solo produce consecuencias externas, sino también una cierta “variación” interna de la persona que decide; cuando decidimos algo, en definitiva, estamos conformando a la vez nuestro propio ser. También Wojtyła señala rasgos de la persona que lo hacen semejante a la teoría antropológica de Marías, cuando, por ejemplo, explica que al mirar a una comunidad humana no bastaría con verla simplemente como un conjunto de “sustancias”, sino que sería preciso contemplarlo como una sociedad donde cada uno de sus miembros tiene una subjetividad personal. E incluso cuando habla del perfeccionamiento de la persona, señala que la afirmación del propio yo y el enraizamiento en la propia personalidad no tienen nada que ver con el mero egoísmo, sino más bien exactamente lo contrario: la realización de la persona a través de la relación interpersonal. De manera que en el pensamiento de Wojtyła y en el de Marías hay un acercamiento en varios aspectos, sobre todo en el nivel de la indagación de la persona y en cómo la modificación de sí mismo se puede lograr mediante los actos de la persona (en el caso de Wojtyła) y mediante la experiencia, especialmente de las experiencias radicales (en el caso de Marías). También hay leves diferencias, como la consideración última de la persona, o la manera de denominarla: en Wojtyła la persona se trata de un *suppositum* y en el caso de Marías se refiere a un *quién*.

Otro de los méritos de la obra es la reflexión sobre el núcleo personal y la distinción que existe entre los conceptos de naturaleza y de persona.

NIEVES GÓMEZ ÁLVAREZ